DISCURSO

(Pronunciado por el licenciado Roberto Reyna, Rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, en la entrega del título de Doctor Honoris y Causa a Daisaku Ikeda, Presidente de la Soka Gakkai Internacional, Tokio, Japón).

Tokio, Japón, 19 de enero del 2008

PALABRAS DEL MAESTRO ROBERTO REYNA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SANTO DOMINGO, EN LA ENTREGA DEL TITULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA A DAISAKU IKEDA, PRESIDENTE DE LA SOKA GAKKAI INTERNACIONAL.

Señoras y Señores:

"Esta voz, dijo él, que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen almas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos?

¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?...”

Así hablaba Fray Antón de Montesinos, en su Sermón de Adviento de 1511, Ego vox clamantis in deserto.

Así resonaban las voces de reclamo de justicia y de humanidad que sirvieron de base a la creación de la Primera Universidad de América, la Universidad Autónoma de Santo Domingo, el 28 de octubre de 1538; y hoy, en nombre de esas voces y las de las generaciones de casi cinco siglos, de Nuestra América, venimos aquí desde aquel Caribe, puerta de nuevas culturas, a reconocer a un hombre que simboliza hoy la voz más elevada de los valores de paz, justicia y humanidad.

Es parte fundamental de la misión de la Universidad Autónoma de Santo Domingo el

reconocimiento a las personalidades más sobresalientes en sus aportes en beneficio de la humanidad.

En esta ocasión, nuestra Academia le rinde tributo a uno de los hombres que más han trabajado por la construcción de un mundo de paz.

¿Por qué desde un pequeño rincón del caribe hemos puesto los ojos en Daisaku Ikeda?: en este mundo global cada vez es más importante valorar a los portadores de pensamientos fundacionales, como es su caso, que al mirarnos con su grandeza, se han asido al pensamiento del apóstol Martí de que "Patria es humanidad".

Japón, esta tierra del Sol y de culturas milenarias, la sentimos como parte de nuestra patria, porque en su dolor infinito de la guerra ha sido la fuente de nuestra conciencia global, de nuestra meta perenne de que jamás se vuelvan a padecer los horrores del sufrimiento que genera la ambición y la ceguera del poder.

Venimos de una tierra que vio morir y extinguir a una raza y desde su sufrimiento vio llegar a otra, desde la lejanía, danzando los tambores de la negritud, mientras moría en la esclavitud más opresiva. Somos parte de un pueblo de herencias perdidas y reconstruida por las culturas de otros que ya cargaban su propio sufrimiento.

Reconocer a Ikeda significa para la Universidad Autónoma de Santo Domingo el reencontrarnos con el espíritu de los siglos de resistencia a la pobreza y una oportunidad de

ser parte de sus causas y de sus esperanzas de vida en paz y felicidad.

Este Título de Doctor Honoris y Causa tiene el significado especial de ser el número 227 recibido por el Honorable Daisaku Ikeda, número que corresponde con tres momentos importantes, la fecha de declaración de la independencia dominicana, la fecha del nacimiento de la Honorable Señora Kaneko Ikeda y la fecha de nacimiento de mi primera hija, Patricia Reyna, lo cual convierte este día en un momento especial, lleno de gran emoción y significados.

Otro de los méritos reconocidos hoy en Daisaku Ikeda es el de ser forjador y cristalizador de sueños de superación y crecimiento humanos mediante el apoyo al pensamiento humanístico, la cultura y la paz,

como fundamentos de la educación y una pedagogía de creación y fomento de valores.

Señor Presidente Ikeda, en su decisión de realizar el sueño de Josei Toda, de sembrar al mundo de escuelas, de fundar esta importante Universidad, de ver crecer a los niños en la educación y la felicidad y de apoyar a la juventud en sus esperanzas de ser fuerza transformadora y creativa de su entorno, hemos visto una razón para sentirnos honrados, porque como diría el apóstol Martí, "Honrar Honra".

Usted nos ha dicho que "el punto de partida de la educación humanística yace en reconocer la dignidad, la grandeza y el potencial infinito de la vida de cada individuo" y su ejemplo es un estímulo al compromiso social de la Universidad, al señalarnos que "Mientras el saber continúe siendo de

incumbencia de unos pocos elegidos, la sociedad no cambiará. Sólo cuando todas las personas tengan acceso a las universidades, y todos puedan estudiar y desarrollar su intelecto, la sociedad experimentará un progreso y un crecimiento genuinos".

Al momento de entregarle el Doctorado Honoris Causa a quien considera que "¡El triunfo de la educación es el triunfo de la humanidad!", nos sentimos emocionados, al solicitarle, que acepte Usted ser parte del Claustro Académico de la más antigua Universidad de América.

En nombre de esos jóvenes dominicanos, que usted en febrero de 1987 les llamara sol del Caribe y que han seguido el consejo del Daishonin, que es su consejo, de convertir el hierro forjado por el fuego en estupenda

espada, “jóvenes con ojos puros y sonrisas alegres y sanas”.

En nombre de esa juventud universitaria y del país, le entregamos el título máximo de nuestra gloriosa e histórica Universidad Autónoma de Santo Domingo, con la firme intención de contribuir a que sus palabras de amor, de justicia y de paz se conviertan en espada transformadora de la conciencia y en flecha que surque el universo, llenándole de encanto y nos convierta a todos en habitantes de la felicidad y libertad plenas. Vidas que como luces infinitas transiten cada instante, haciéndonos crecer en humanidad.

Muchas gracias.